

Los intersticios imaginarios del sistema-mundo moderno

Felip Gascón i Martín

Decano Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Playa Ancha

Se podría pensar que con la primera circunnavegación al globo, culminada por Hernando de Magallanes en 1522, se abre la última frontera transoceánica, superando con ello las cosmovisiones y cartografías míticas del caos, propias del imaginario medieval. Un hito histórico que, sin duda, instaló a la geografía como la ciencia política de la Modernidad por excelencia, desde su posición hegemónica eurocentrada, como lo evidencia la más duradera de las proyecciones cartográficas, la de Gerardus Mercator, de 1569, que después de casi cinco siglos continúa resistiéndose a las certezas y precisiones científicas de representación del globo terráqueo, y de la semiosis visual con que ubicamos la propia mirada a “nuestro mundo”. Representación como borradura, incluso, de aquella longeva metáfora del filósofo Alfred Korzybski al sentenciar que "el mapa no es el territorio", y que desde una perspectiva crítica sobre los procesos de aculturación implicados viene a reforzar la expresión italiana “traduttore, traditore”.

El “descubrimiento” de este intersticio austral, supuso para las redes de expansión de los imperios coloniales, un puente de “encuentro” de dos mundos hasta entonces incomunicados, oriente y occidente, a través de una frontera de agua que redefinirá a partir de entonces el mito del “fin del mundo” y el lugar del caos, como así lo denotan las denominaciones

topográficas del seno Última Esperanza y el golfo de Penas, lugares recónditos cuya navegación, a pesar de la narrativa colonial dominante, era dominada desde más de 6.000 años atrás por el pueblo nómada de los canoeros kawésqar.

En efecto, desde nuestra perspectiva de la ecología política de la comunicación (Gascón, 2002) se puede afirmar que el mito del *finis terrae*, como filosofía abisal de occidente, se resquebraja y torna porosas las otrora narrativas oscurantistas frente a la expansión de las redes de comunicación y del propio universo cognitivo que supone la apertura de la navegación a través del estrecho, por parte de las flotas imperiales hispana y británica. Aunque esta supuesta interdependencia entre exploración oceánica y expansión del conocimiento, sin lugar a dudas, no contribuyera a rediseñar las cartografías culturales en las nuevas narrativas del sistema-mundo, desde los tránsitos e intercambios ampliados que, hipotéticamente, se abrían en el andamiaje hacia una nueva ecología de saberes, pero que siempre continuaría subyugada a la hegemonía de los *cronistas de indias* como *traductores* del “encubrimiento” del mundo de la otredad (Dussel, 1992). Ello en procura de una empresa mucho mayor que la del éxito de la circunnavegación: la constitución de la subjetividad moderna, aunque dicha empresa supusiera como *conditio sine qua non*, la reducción y extinción de otras culturas humanas.

Subjetividad que, a la vez, legitimará en el imaginario de larga duración histórica la producción del otro-indígena como *enemigo interno*, reproduciendo esa condición militarista a través de cartografías culturales y

narrativas, en cuya ontología semiótica se transfiere a esa otredad indescifrable, el sentido de monstruosidad diabólica inscrita en los abismos cartográficos de la religiosidad medieval. Desde esa contradictoria racionalidad moral ante la superación de la última frontera del universo de lo humano, se justificarán los ya conocidos procesos de necropolítica y despojopolítica; es decir, quiénes debían vivir y heredar estas tierras y quiénes ser sacrificados y/o desposeídos de sus propios demonios y de todos los bienes naturales y materiales de sus mancomunidades en pro del progreso y la hegemonía del saber-poder occidental.

Por todo ello, este hito histórico de apertura interoceánica comporta múltiples consecuencias, considerando no solo sus dimensiones geopolíticas, que contribuyeron a reafirmar la tesis esférica del globo terráqueo y las estrategias militar-imperialistas en el dominio de las rutas marítimas. Este “evento-mundo” (Giucci, 2014, *apud* Pérez, 2020) reviste particulares dimensiones antroponómicas y etnocéntricas, pues la expansión de las redes de comunicación involucra, a la vez, una posición epistémica para la filosofía y las ciencias occidentales, como referentes del pensamiento universalista, sus regímenes de verdad, visualidad y normalidad en las narrativas de la modernidad colonial y la expansión del capitalismo extractivista patriarcal (Grosfoguel, 2006). La expansión del universo cognitivo hacia una nueva conciencia planetaria, a partir de una zona de contacto de espacios y tiempos desconectados hasta entonces por fronteras infranqueables de la geografía y la historia, se torna crucial para el tránsito comercial de especies y, en general, para la intensificación del flujo e intercambio de bienes materiales y simbólicos, abriendo paso a una nueva cosmovisión del pensamiento

europeo, la universalización del proyecto moderno, la anulación del otro como sujeto histórico –al concebir el *Nuevo Mundo* sin historia anterior-, su sumisión al orden transcultural y la justificación de los etnocidios bajo el imperativo mesiánico sacrificial como mito de redención civilizatoria de la otredad. Mito, en cuyo centro se ubica como motor hermenéutico la nueva concepción espacio-temporal que, tensionada frente a la encrucijada de una caótica apertura hacia la multiplicidad de historias, impone el relato colonial hispano como mecánica fundamental de su dominio hegemónico, articulando así el orden de conexión universalista de su saber-poder.

Esta conciencia universalista del sistema-mundo moderno como pliegue histórico, podría abordarse desde las correlaciones entre diversas teorías, como la de las fronteras, los conflictos culturales o la necropolítica, justificada esta última como retrospectiva ante los catastróficos efectos de la pandemia global por Covid 19 o el cambio climático que actualmente padecemos. En nuestro caso, junto a los aportes de autores y autoras del presente volumen, preferimos convocar, entre otros, a los abordajes aún inexplorados desde la *exomemoria* y la *epistemografía*, que vienen desarrollándose en el campo de la comunicología y la documentología como perspectivas transculturales necesarias en procura de una ética de la memoria social registrada (García Gutiérrez, 2004), donde el significado mismo de la frontera pueda reinterpretarse desde su espacio-tiempo periférico de encuentro como oportunidad en el devenir del pasado-presente, para el intercambio y la co-construcción de otro mundo posible y no desde el agenciamiento de su centro colonial.

Las narrativas todavía opacadas de la transmodernidad constituyen, en ese sentido, la última frontera para un verdadero reconocimiento ético, político y gnoseológico de los epistemicidios civilizatorios, los que después de cinco siglos persisten resistiéndose, en los intersticios del imaginario colectivo, al rediseño de las cartografías interculturales de la humanidad, para un pleno reconocimiento de la historia plural de nuestra Abya Yala.

Referencias bibliográficas

Dussel, E. (1992). *1492. El encubrimiento del otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*. Madrid: Nueva Utopía.

García Gutiérrez, A. (2004). Exomemoria y cultura de frontera: hacia una ética transcultural de la mediación. *Redes.com*, 1, 29-37.
<http://hdl.handle.net/11441/17277>

Gascón, F. (2002). *Transformaciones sociales, redes y políticas de comunicación en Chile, 1967-2001: elementos para una ecología política de las comunicaciones*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona. Tesis doctoral. <http://hdl.handle.net/10803/4174>.

Grosfoguel, R. (2006). World-System Analysis in the Context of Transmodernity, Border Thinking and Global Coloniality. *Review (Fernand Braudel Center)*, 29 (2), 167-188.

Pérez, E. (2020). Versiones del Estrecho de Magallanes. El paso interoceánico desde la primera circunnavegación del mundo hasta la conquista del

reino de Chile (1520-1552). *Magallania* 48(especial), 29-
44. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442020000300029>